

¿La amaba?

¿Quién sabe?

Llegó por fin á la orilla del bosque.

Un rayo de luna alumbraba débilmente aquellos dormidos paisajes.

Paró el caballo y se apeó.

Sacó del bolsillo una cadena y ató el caballo á un árbol, á pocos pasos del camino por donde había venido.

Después continuó á pie.

Llegó á la casa y vió una silueta de mujer que inclinándose hacia él murmuró con voz conmovida:

—¡Rolando!

—¿Me he retrasado?...

—Sube.

El pórtico medio arruinado estaba abierto para todo el que llegara.

Rolando subió la escalera que conducía al cuarto de Teresa.

La puerta de la habitación se cerró detrás de él.

En aquel momento, á pocos pasos del pórtico, dos sombras se destacaron del tronco de la encina en donde aquella mañana había depositado la carta Rolando y uno de ellos dijo al otro:

—¿Lo ves?... ¡No te engañaba!... ¡Ahi está!...

V

Las consecuencias de una falta.

Los enamorados formaban lo que se llama una hermosa pareja; pero hubiera llamado la atención verla en un sitio semejante.

Figuraos un chiribitil ó buhardilla pequeña, mal blanqueada, con el piso de ladrillo y la mayor parte de ellos rotos, un techo en el que un albañil del campo había llenado de barro amarillento los huecos que había entre las vigas, y con dos ventanas pequeñas, una de las cuales daba al patio y la otra al campo.

Y en este granero una cama, formada por cuatro tablas de encina, unidas de cualquier modo, dos sillas de paja y una mesa, que ocupaba la tercera parte del local.

En un rincón una palangana de barro con su pie de madera y una jarra llena de agua. En la pared, y colgada de un clavo, una toalla de tela gruesa.

Esto era todo.

Al leer esta descripción se dirá: «¡Eso es horrible!»

Al contrario.

En aquel cuchitril, se respiraba desde el dintel un perfume de juventud que dilataba el corazón, y hasta la vista tenía en qué deleitarse.

Sobre la mesa, de madera blanca, había todo

lo necesario para dibujar: papel, lápices de colores, pinturas en una caja abierta, bocetos de cabezas ó de paisajes clavados ó pegados á la pared; zagalejos, deshilachados tal vez, pero limpios, colgados también; dibujos muy bien hechos, y en fin, todo lo que una cabeza ingeniosa puede reunir en la pobreza de una casa y de un país para adornar su habitación predilecta, su gabinete de trabajo y su dormitorio.

Aun había sobre la pared algo que resaltaba como el encarnado de una cinta en el ojal de una levita: este algo era un gran abanico de papel japonés, una sombrilla de cretona con flores color escarlata, y sobre la chimenea un jarrón de Gien bastante elegante (regalo de un amigo que iba algunas veces á pasar un domingo á la Boca del Lobo y á tirar unos cuantos tiros), y en el jarrón un ramo de rosas.

Una vez cerrada la puerta, Teresa atrajo al joven hacia una silla, en la cual le hizo sentarse; se colocó frente á él, y fijando en él sus hermosos ojos:

—Y bien, ¿qué vais á hacer?—le preguntó.

El la cogió las manos, y sin contestar á la pregunta, la hizo otra.

—Hablemos sériamente. ¿Quieres ir á París?—la dijo.

Teresa tenía cierta instrucción.

No había pasado toda su infancia en aquel olvidado rincón.

Había estado tres años en un buen colegio

de Gien, en donde había recibido una educación casi completa.

Mejor que la de sus hermanos, que no habían ido más que á la escuela de su aldea, y eso poco tiempo, excepto Marcelo, que había hecho con gran aprovechamiento sus estudios en un colegio de Tours.

Teresa se había instruído con un ardor que descubría una ambición secreta, y tal vez inconsciente.

Gracias á la casualidad, había encontrado un profesor de dibujo, pintor en porcelana, dotado de un verdadero talento y á quien las buenas aptitudes de la discípula llamaron la atención y se esmeró en su enseñanza.

Los cuadernos, los papeles que caían en sus manos, estaban llenos de bocetos de paisajes, de caricaturas que revelaban una vocación extraordinaria.

Atrapaba al vuelo el perfil de una profesora, en cuatro rayas perfilaba la cabeza de una compañera, la silueta de una casa ó de un árbol.

Todo era bueno para ella.

La vista de un cuadro de mérito la daba palpitaciones de corazón.

Siempre que entraba en la iglesia de Gien, la daban ganas de exclamar ante los dos ó tres cuadros notables que allí había.

—¡Yo también seré pintora!

Un día que en ausencia de los dueños de la Ferté, la enseñó un guarda todo el castillo, no podía decidirse á salir de él, porque aunque era

muy niña, se quedaba extasiada ante los cuadros de caza, los paisajes y los retratos que allí abundaban.

Así es que cuando tuvo que abandonar el colegio para irse al lado de su madre, parte porque no podían seguir pagando su pensión, y parte por cariño á su madre y á sus hermanos, tan buenos para con ella, se la desgarró el corazón cuando llegó á la Boca del Lobo.

Hacía de esto un año.

¡Ya no había esperanzas de cultivar el arte, ya no tenía quien la diera lecciones, quien la animara!

¡Nadie más que la naturaleza por maestra!

¡Y qué naturaleza!

Sin embargo, se había resignado.

¡Era valiente!

Y además la pobre era cariñosa.

Quería á sus hermanos, cuya rudeza se dulcificaba para con ella: prefería sobre todo á Marcelo, el más joven, que le había dicho al marchar para no sabía dónde:

—¡Por tí, es por quien yo quisiera ser rico, Teresa mía!

Era muy pequeña entonces y ya había pasado mucho tiempo, pero todavía oía vibrar en sus oídos la voz conmovedora del pobre joven.

Quería también mucho á su anciana madre, tan buena para todos, tan cuidadosa de su prole, que había nacido bajo mala estrella y que vivía con tanto trabajo.

Lo que había entrevisto durante los tres

años de pensión, la daba idea de otra existencia.

Su cabeza desvariaba; sentía en su alma verdadera ambición; se apoderaba de ella un gran deseo de salir de su miserable condición, de ganar su vida con el talento de que tanto la habían hablado, levantar aquella casa caída, con un poco de dinero y un poco de gloria.

Las criaturas tienen á veces estas visiones. Y allá en el fondo de sus sueños, se la aparecía París como el fin á que era preciso dirigirse, como la mina que había que explotar, la escuela en donde debía encontrar verdaderos maestros.

Así es que la pregunta del capitán la hizo estremecerse de los piés á la cabeza.

Su gracioso rostro se puso súbitamente colorado y repitió como extasiada.

—¿París?

—Sí—repuso el joven;—¡compréndeme bien! Te pregunto si quieres ir á vivir en él.

Teresa balbució:

—Sin duda que quisiera; pero...

—¿Pero qué?

—Mi madre... ¿qué decirla?

Rolando hizo un gesto de indiferencia.

—Nada—dijo.

—¡Eso es imposible!...

—O la dices que no quieres condenarte á vivir y morir en este desierto..., que quieres buscar una colocación, trabajar para ganarte la vida...

—Sí—repuso Teresa;—pero

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIV. DE TEXIA
"ALFONSO REYES"
1925 MONTERREY, MEXICO

El capitán continuó con tono algo burlón: —Que, por otra parte, tú no puedes resolverte á quedar soltera, lo cual sucederá infaliblemente si continúas vegetando en este desierto; que no hay pretendiente que pueda sacarte de aquí, como no sea algún patán indigno de besar siquiera la huella de tus pisadas...

Rolando de Corbiere se inclinó hacia la joven y la dijo al oído:

—Yo sé que tienes el corazón tierno y el alma delicada y que te costará mucho usar este lenguaje con aquellos á quienes quieres; pero lo que no se quiere decir, se escribe. Eso es más fácil.

—¡Explicaos con claridad—dijo Teresa.

—La cosa es sencilla... Principia uno por alejarse á fin de evitar las reprensiones, los sermones, las lamentaciones y se deja tras de sí una carta que explica todo; la cruel necesidad en que uno se ve de ausentarse, lo desconsolado que se está por esto, la esperanza de que el tiempo no dejará de consolar á los que quieren á uno. Esto es la infancia del arte. ¡Se ahorra á todo el mundo el mal rato de la despedida y la jugada está hecha! Se tiene tanto menos que temer el efecto de la cólera de los demás, cuanto que se tiene buen cuidado de ocultarles adonde se va, cosa que indudablemente les costará mucho trabajo averiguar.

Teresa dejó caer la cabeza sobre el pecho, y murmuró:

—¿Es eso todo lo que habéis pensado?

—¿No es el mejor remedio para la situación?

¡Tú no conoces París! Si lo conocieses, sabrías que allí se está más oculto que en el centro de un bosque, nadie se ocupa de su vecino, allí todas las faltas son un secreto; ¡los escándalos se ahogan! Yo te prepararé un nido en que serás más feliz que una marquesa: te rodearé de los más atentos cuidados. No te faltará nada de lo que puede hacer á una mujer la vida agradable y tranquila.

—No acepto nada.

—¿Por qué?

—¡Pensad! ¡Qué dolor para ellos y qué vergüenza para mí!... ¡Vivir yo de una limosna que me daríais!... ¿Puedo recibirla?... ¡No!

—¿Qué querías, pues?

—Abandonar este país, donde no podré ocultar largo tiempo la prueba de mi falta; pero vivir de mi trabajo, no deber nada más que á mí misma.

—¡Tontería! ¡Ignorancia!

—¿Es imposible eso?

—¡Sí, en verdad!

—Sin embargo, otras...

—¿Querías gastar tus hermosos ojos en trabajos que no dan nada, ni aun el pan nuestro de cada día, perder tus mejores años en tareas más áridas que la tierra en que mueres de aburrimiento? ¡Prueba! ¡A las pocas semanas, á los pocos días estarás desengañada y volverás á mí! ¿Qué otro podría asegurar mejor tu libertad? Tu buena estrella es quien ha guiado mis pasos hacia este sitio. Te ví á la ventana, graciosa, idealmente hermosa, y volví. ¿No has

pasado días felices? Pues bien; te amo más que nunca, y te lo probaré. ¿Por qué vacilar? ¿Tus hermanos? ¿Los querrás menos porque estés á treinta leguas de ellos? ¿Tu madre? ¿Serás la primera hija que se ha separado de la suya? Además, si eso que temes llegara, si tus temores son fundados, ¿no será preciso que te decidas á huir? Pues entonces, ¿por qué no hoy mejor que mañana? Yo te amaré por todos los que aquí dejas. Yo te sostendré, aseguraré tu porvenir. Puedes aceptar sin temor; lo que yo te dé no me arruinará, y en verdad jamás sacrificio alguno me habrá proporcionado tanta satisfacción.

Rolando hablaba con voz llena de caricias, tierna y persuasiva.

Y al mismo tiempo la oprimía las manos y se las besaba.

Teresa tenía los ojos fijos en los ladrillos del piso, no sabiendo qué decidir, asaltada por el temor de la pena que causaría á su madre y hermanos y por la necesidad de ocultar una vergüenza en lo sucesivo inevitable, atraída también por aquel París cuya visión la causaba espanto.

Bruscamente separó sus manos de las del oficial, y levantándose le dijo con cólera:

—¡Sí, partiré! ¡Sí, me refugiaré en ese París de que me habláis; pero no aceptaré nada ni de vos ni de nadie! ¡Yo no quiero ni socorros ni regalos de ninguna especie! ¡Vuestro dinero me quemaría los dedos! ¡Me parece que esa segunda caída sería peor que la primera! ¿Vivir de

mi amor?... ¡No quiero! ¡Preferiría morir! ¡Os he dicho ayer todas mis angustias, mis remordimientos! ¡Vos habéis reflexionado!... ¡yo también! ¡La criatura que nazea no tendrá padre!... ¡sea!... ¡Su madre hará por ella cuanto pueda! ¡Y ahora... adiós!... ¡Os he amado mucho unos cuantos días!... ¡Procuraré olvidaros!... ¡Separémonos!

Esta resolución fué tan imprevista, que el capitán quedó un instante aturdido y estupefacto.

¿Qué era lo que aquella muchacha se había creído? ¿Qué se casaría con ella?

Esta idea le pareció tan extraña al joven, que una sonrisa sarcástica asomó á sus labios.

La desgraciada comprendió la ironía, y dijo con viveza:

—¡Caballero! ¡Os juro que en mi pobre cabeza no ha habido cálculo ni ambición! ¡He cedido á no sé qué cobardía, por la cual sufriré cruelmente, lo sé! ¡Seré, sin duda, tan desgraciada como feliz he sido unos días... creyéndome amada!...

—¿No seguís siéndolo?

Teresa movió melancólicamente la cabeza:

—¡No como yo esperaba!—dijo—¡y mucho menos de como quisiera serlo! ¡Olvidé que no somos iguales, y que una distancia infinita nos separa! ¡Vos sois rico y yo soy pobre!... ¡Adiós! ¡Me acordaré sin pesar de las horas de alegría que me recordabais hace un momento!

Rolando intentó un nuevo esfuerzo.

Insistió largo tiempo. La dijo que él no era

libre, que su licencia iba á concluir y que tenía que volver al regimiento. Que qué cosa había más sencilla para ella que irse con él, no á Luneville, sino á París, adonde iría á verla, donde ella podría hacer la vida que quisiera, con arreglo á sus aficiones, estudiando el arte, hacia el cual se sentía tan arrastrada.

Y además, ¿qué le faltaría? ¿No estaba él allí para sostenerla? Podía aceptar todo de él sin temor de molestarle. El no se casaría. Le horrorizaba el matrimonio, un lazo inútil... Ella sería siempre su querida, es decir, la mujer de quien no se separaría nunca, el encanto de su existencia.

La hizo una seductora pintura de la vida tranquila é independiente que llevaría gracias á él. Trató de deslumbrarla hablándola de aquel París, cuyo solo nombre hacía subir una ola de sangre á su rostro pálido, pero se estrelló contra una resistencia que no había previsto y que concluyó por irritarle.

—¡Me parecería que me había vendido!—repetía Teresa.—¡La idea del dinero recibido envenenaría el recuerdo de nuestro amor!

Se obstinó tanto en su negativa, que Rolando exclamó en un acceso de impaciencia:

—Pero desgraciada, ¿qué harás sin mí?

—No lo sé.

—¿Y esa criatura?

La joven replicó también irritada:

—¿La serviréis de padre?

Rolando contestó vacilando:

—¡Sin duda!

—¿La daréis un nombre?

El capitán guardó silencio.

Con amargura dijo Teresa estas palabras:

—¿Lo véis?

Rolando trató de atraerla hacia sí, pero el encanto estaba roto.

Por niña que fuese, por poca experiencia que tuviera de la vida, su altivez la indicaba la profundidad del abismo en que había caído.

El jóven comprendió que no cedería.

Y, irritado por la resistencia, furioso al encontrarla tan tentadora y tan fría, cuando antes era tan sumisa y tan cariñosa, cogió con mano nerviosa el látigo que había dejado sobre la mesa, se puso el sombrero, se retorció el bigote y dando un paso hacia la puerta, dijo:

—¡Tu reflexionarás!... ¡Volveré mañana!

Teresa movió la cabeza y mordiéndose los labios, con los ojos llenos de lágrimas, con voz baja, ahogada por la emoción, contestó:

—¡No, no volváis!

—¿Por qué?

—Temo que sospechen. ¡Desde hace unos días me mira Guillermo de una manera que me hace temblar!

—¿Te ha dicho algo?

—No.

—¿Y los otros?

—Yo creo que no saben nada... Pero Guillermo lo vé todo... Nada se le escapa... Esta noche hubiera querido preveniros... deteneros, solo que yo quería saber...

—¿Qué?

—¡Vuestra manera de pensar... y por eso os he esperado!

—Pues bien—dijo el capitán sonriendo—ya lo sabes... Te amo... Estoy dispuesto á ayudarte, á tomarte bajo mi protección... Y será con una alegría que nunca comprenderás bastante bien... No tienes más que decir una palabra, ahora ó cuando quieras, si estoy lejos de tí no tienes más que escribirme...

Una sonrisa amarga crispó los labios de la joven.

—¡Sí, dinero... ya sé... dijo! ¡Eso es lo que no quiero!

El capitán se reía.

Su irritación había pasado.

Pensaba que Teresa cedería; que no podía menos de ceder.

Teresa estaba delante de él, en pie é inmóvil cerca de la puerta, que iba á abrir; sus hermosos ojos no se atrevían á mirarle, húmedos y vagos, como si escuchara una voz interior y pidiese un último consejo á su conciencia.

La cogió entre sus brazos y la estrechó contra su pecho, diciéndola:

—¡Dinero y amor, querida niña! ¿Qué más se puede desear en este mundo?

Ella se desprendió con suavidad.

—¡Bueno—dijo indecisa,—veré! Tal vez tengáis razón... ¡Pero eso es muy humillante.

Rolando abrió la puerta y en seguida retrocedió.

Dos hombres le cerraban el paso.

Eran Guillermo y Juan.

VI

Durante la noche.

Teresa se colocó de un salto entre su amante y sus hermanos; pero Guillermo la cogió bruscamente por una muñeca y la llevó á su lado.

Juan cerró la puerta y echó el cerrojo que la servía de cerradura.

La ventana que daba al campo estaba abierta. Miró al exterior y no vió nada en las tinieblas.

Tomadas estas precauciones, volvió al lado de su hermano, mientras el capitán, sorprendido en un principio, examinaba con mirada atenta á los dos hermanos.

No llevaba más arma que el inútil látigo que oprimía entre sus dedos.

Cuando vió á Juan Montarón frente á él, separar con un gesto brutal é imperioso á Teresa, que hacía un nuevo esfuerzo para acercarse á su amante, dijo con desdén:

—¿De modo que esto es un lazo?

Juan no se dignó contestar.

Guillermo respondió:

—¡El lazo, sois vos quien lo ha tendido á esta niña ignorante y fácil de engañar! ¡Vuestros guardas velan por vos!... ¡Yo velaba por ella! ¡Tanto peor para vos si os habéis dejado coger!

Y perdiendo su sangre fría añadió:

—¿Si fuera de la señorita Fernanda de Corbiere de quien se tratara, qué harías vos?

El capitán contestó con frialdad:

—¡Os prohibo que pronunciéis ese nombre!

Juan dió un paso hacia adelante, cerrando sus formidables puños.

Su hermano le detuvo.

—¡Lo pronunciaré cuantas veces quiera!— dijo.—¡Los Montarón valen tanto como los Corbiere, y yo no tengo órdenes que recibir de vos! ¿En suma, qué habíais prometido á esta joven?

Rolando miró con insultante altanería.

—Nada—dijo.

Guillermo repuso rechinando los dientes:

—Si no oí mal, hablabáis de dinero hace un momento.

—¿Lo queréis?

Guillermo sacudió la cabeza.

—No, lo mismo que ella.

—¿Entonces, qué pedís?

—Una reparación.

—¿Cuál?

—La única que en este caso procede.

—¿Un matrimonio?

Es imposible dar idea del acento con que el oficial hizo esta pregunta.

Jamás, ultraje tan sangriento fué proferido en tan pocas palabras.

Esto quería decir:

—¡Tanto valdría pretender casar á un príncipe con una pastora!

Teresa recibió el insulto en pleno rostro y, bajando la cabeza, se apoyó en la pared sollozando.

Lo comprendía todo.

¿Qué locura se había apoderado de ella?

Al entregarse con todo su corazón, había creído en las protestas de amor eterno de aquel hombre, para quien no había sido más que la distracción de un día.

¿Y en efecto, qué podía haber durable entre ellos?

¡Un matrimonio!

¡Vamos! ¡Por ventura se casa uno con muchachas como ella!

En cuestión de reparaciones, el capitán conocía otra y estaba dispuesto á ofrecerla.

Se bate uno.

Juan Montarón le interrumpió, preguntándole con tono burlón:

—¿Con qué armas?

—Con las que querráis—contestó el capitán.

Los ojos de Juan echaban chispas; su paciencia se había agotado.

—Llévatela—ordenó á su hermano, mostrando á la joven que le miraba con ojos suplicantes.

Teresa se escapó de las manos de Guillermo y cayó de rodillas delante de Juan, exclamando:

—¡No os batiréis!... ¡Yo no quiero!... ¡no quiero que os batáis!... ¡Por piedad, por mí!... ¡Eso sería horrible!

—¡Llévatela!—repitió Juan lleno de ira.

—¡Ven!—dijo Guillermo cogiéndola entre sus brazos.

Teresa luchó, haciendo esfuerzos supremos; trató de desprenderse de los brazos de su hermano, pero éste la echó á la cabeza un zagalejo que descolgó de la pared, diciéndola:

—¿Quieres que tu desgraciada madre lo sepa todo?... ¡Silencio!..

La joven no tuvo tiempo más que para lanzar á su amante una mirada de espanto.

Cansada, medio ahogada, temblorosa y casi sin vida, dejó de resistirse.

Guillermo la levantó con la misma facilidad que cuando era niña.

Cuando Guillermo llegó con su carga al pié de la escalera, Juan se aproximó al oficial, é impotente ya para contenerse, rugió como una fiera y le dijo:

—¡Me has dejado la elección de armas! ¡Yo elijo estas!

Se recogió las mangas de la blusa y descubrió dos brazos velludos y nerviosos, con los cuales hubiera podido luchar con un toro.

Todos los rencores, todos los odios depositados en su pecho desde hacía años, los de sus padres reviviendo en aquella fiera humana, iban á estallar.

Rolando se cruzó de brazos y mirando á Juan de arriba á abajo, con impasible mirada, exclamó:

—¡No son esas las armas de un hidalgo!—dijo el capitán.

Un grito de salvaje le contestó.

—¡Ea vamos pronto! ¡En guardia ó te abofeteo!

Su cara estaba horrible.

Hubiera querido abofetear al oficial para obligarle á salir de la calma que le hacía perder á él los estribos.

Rolando, muy pálido, no hacía un movimiento.

Juan lanzó un juramento.

—¡Asesinadme si quereis!—dijo tranquilamente el oficial.

—¿Y aún cuando lo hiciera—exclamó Juan—en que estaría el mal? ¿Vamos, quieres?

—¡No!

—¡Ten cuidado!

—¡No temo nada!

El cazador furtivo levantó el brazo.

El látigo del oficial silbó y le señaló un rejiro surco en la frente.

Al mismo tiempo dió un salto hacia la ventana; pero no tuvo tiempo de llegar á ella.

Su adversario se arrojó sobre él, le cogió entre los brazos y apretó con furia.

No hubo lucha.

Crugieron los huesos y la cabeza del capitán cayó hacia atrás.

Jadeante, asfixiado, destrozado, Juan Montarón le lanzó fuera con el vigor de un resorte de acero que se extiende.

El oficial cayó sin lanzar exclamación alguna.

Su contrario, con las manos apoyadas en el

marco de la ventana é inclinándose hacia fuera, contempló el inanimado cuerpo.

Juan permanecía inmóvil, con los ojos inflamados, feliz por lo que acababa de hacer; contento por aquella venganza, tardía, pero terrible, pensando en la orgullosa condesa y diciendo:

—¡Ah! ¡Tu nos has traqueteado, hostigado, llevado ante los tribunales, tratado como á bandidos! ¡Pues bien, ahí está tu hijo! ¡Ha pagado por el y por los demás! ¡Ven á buscarle y resucítale si puedes!

El desgraciado no se movía.

Juan no tenía ante sí más que una masa inerte, sin respiración, sin movimiento.

—¡Está muerto!—pensó.

Cerró la ventana y se fué.

No sentía remordimiento alguno por lo que había hecho, no temía las consecuencias.

Después de todo, lo que acababa de suceder no era más que un duelo como otro cualquiera, cada uno se sirve de las armas que tiene, en el cual el capitán había llevado la peor parte.

Al atravesar el patio sombrío para llegar á la casa, Juan sonreía. ¡Pensaba en la condesa!

Cuando subió los cinco peldaños de piedra que conducían á la cocina, miró por los vidrios de la ventana.

Las bujías eran un lujo poco frecuente en casa de los Montarón; no se usaban más que en la habitación de Teresa.

Una débil luz alumbraba el vasto espacio,

casi vacío, que Juan tenía ante su vista. La anciana madre estaba acostada desde hacía largo tiempo.

Pedro, cansado de trabajar durante el día, y además teniendo que levantarse al amanecer para volver al trabajo, se acostaba casi cuando su madre.

La criada dormía en un rincón.

Y al lado de la chimenea no estaban más que Guillermo y Teresa, que parecía tan inanimada como su amante.

Juan entró.

Su hermano le interrogó con la vista.

Juan contestó haciendo con la cabeza un signo afirmativo, lo cual quería decir:

—Está hecho.

Al hacer este signo se sonrió.

Lo vió la joven.

Abrió los ojos, y al notar que el rostro de Juan estaba iluminado por una alegría feroz, exclamó:

—¡Ah! ¡Le has matado!

Juan Montarón desconocía las precauciones.

—Sí—dijo sencillamente.

No pensaba más que en su trinfo.

La desgraciada Teresa hubiera despertado á todos con sus gritos; pero la mano de Guillermo la tapó la boca, diciéndola al mismo tiempo al oído:

—¡Que nos pierdes!

Juan fué á la alacena, sacó una botella de aguardiente, llenó un vaso y se lo bebió de un trago.

Guillermo meditaba.

Era preciso alejar toda sospecha de que ellos hubieran sido los autores de aquel asesinato.

¿Por qué medio?

Su fertil y astuta imaginación trabajaba.

Al cabo de un momento había pensado ya lo que debía hacer.

No había cosa más fácil.

El caballo del capitán debía estar atado en las inmediaciones de la Boca del Lobo, en la salida del bosque, sin duda.

No tenían más que trasladar el cadáver á cinco ó seis kilómetros de allí y enterrarle en medio de la espesura, en la que ni los guardas ni los que pasaran, ni aun los jueces lo descubrirían.

El se encargaba de buscar sitio á propósito.

Y entonces, muy listo tenía que ser el que pudiera vanagloriarse de haber podido suministrar pruebas del crimen.

Llamó á Juan y le comunicó su proyecto.

—Se podría declarar todo sin rodeos; pero si tú quieres...—dijo.

—Sí, sí...

E indicando á su hermana, que les escuchaba abatida, lívida, pero ya resignada y sumisa á todo, medio muerta, sin fuerzas para pensar y para determinar, añadió:

—¿Comprendes?... Por su honor...

Juan dijo sencillamente:

—¿Vamos?

Y Teresa, levantándose, exclamó:

—¡Yo voy con vosotros! ¡Quiero ver!...

Aun tenía esperanza. Juan podía haberse engañado.

El capitán respiraría aún tal vez.

Guillermo la preguntó:

—¿Tendrás fuerzas para presenciarlo?

Por toda respuesta se echó en brazos de Guillermo y dijo á su vez:

—¡Vamos!

Teresa y sus dos hermanos no tardaron en atravesar el pórtico.

Juan extendió la mano, indicando el pie de la pared bajo la ventana del cuarto de Teresa.

—¡Allí está!—dijo.

Se equivocaba.

Por más que Guillermo buscó con gran cuidado con una luz; por más que registró todos los rincones del pórtico y sus inmediaciones; por más que escudriñó el sendero que partiendo de la casa, atraviesa por los sembrados y conduce al bosque de La Ferté, sus pesquisas fueron inútiles.

El capitán había desaparecido.

He aquí cómo:

Apenas había desaparecido Juan Montarón de la ventana para dirigirse á la cocina, en donde estaba su hermano, cuando un hombre de unos sesenta años, alto, huesoso y de pelo gris, mal vestido, calzado con gruesos zapatos herrados, cubierta la cabeza con un sombrero que á fuerza de uso había perdido la forma y armado de un palo de seis pies de altura, llegó cerca del pórtico.

Este hombre no era conocido por otro nombre que el de Cazador de Topos.

Era un antiguo soldado herido en Africa; disfrutaba de una pequeña pensión, y resultaba ser una especie de mendigo que dormía en los pajares ó en los establos, comía en las casas de campo, siendo bien acogido en todas partes, en donde le empleaban en alguno que otro trabajo, siendo su principal ocupación podar árboles frutales y cazar topos.

Este hombre iba á menudo á la Boca del Lobo, y allí le recibían siempre como á un amigo.

En la oscuridad tocó su pie con un obstáculo que no veía, y oyó un gemido.

Se bajó.

El obstáculo era un hombre.

El cazador de topos era fumador y llevaba cerillas.

Encendió una.

—¡El señorito del castillo!—exclamó.

No se necesitaba una inteligencia superior para comprender lo que había debido pasar.

El cazador tenía buena imaginación. Entrevió la verdad.

El herido se reanimó poco á poco, y tan luego como volvió en sí, trató de levantarse, cosa que consiguió con el auxilio del anciano, que era todavía vigoroso.

Rolando estaba destrozado y sufría cruelmente; pero sus energías le sostenían.

—¿Queréis ayudarme á ir adonde está mi caballo?—preguntó al anciano.

—Sí. ¿Dónde está?

—A la entrada del bosque.

—¡Vamos!

La caminata fué penosa y larga.

Mientras Rolando y el mendigo iban en busca del caballo, Juan bebía en la cocina el aguardiente que hemos dicho y Guillermo meditaba el proyecto que no debía cumplirse.

El caballo del capitán relinchó al aproximarse su amo.

—¡Diez luises por conducirme al castillo!—dijo el joven, dirigiéndose á su acompañante.

—¡Entre nosotros—dijo el anciano—esos servicios se prestan de balde!

Es imposible expresar las torturas que el capitán sufrió durante aquella marcha de dos horas; pero era valiente y ahogaba sus quejidos.

Sin embargo, comprendía que estaba perdido.

Aunque Juan Montarón no le había dejado muerto en el instante, se necesitaba un milagro para salvarle.

¡No lo esperaba!

Cuando por fin, á eso de las dos de la mañana, bajo una lluvia torrencial, que borraba las huellas de sus pasos en el sendero del bosque, llegaron á las caballerizas del castillo, estaba medio desmayado, era presa de una fiebre ardiente, tenía la cabeza trastornada, y, sobre todo, no podía respirar.

Se asfixiaba.

Esto no obstante, tuvo aún fuerzas para expresar sus deseos.

—¡No quiero que se sepa de dónde vengo, ni lo que me ha ocurrido!—dijo al cazador de topos y á su criado Lorenzo.—¡Si os preguntan, contestaréis que no sabéis nada! ¡Llevadme sin producir ruido á mi cuarto y no digáis nada ni á mi madre ni á nadie! ¡Mañana veremos!

Los dos hombres le entraron en el castillo con mil precauciones.

Todo dormía.

El capitán no dejó escapar una queja durante el trayecto.

Cuando le hubieron desnudado y tendido en el lecho, despidió á los dos hombres, les dió un bolsillo y les repitió con la mayor energía:

—¡Silencio!

Quedó solo.

El cazador de topos no era delicado en cuestión de camas.

Se echó sobre unos haces de paja y durmió como un lirón.

Y Lorenzo volvió á ocupar su lecho en la cuadra, repitiendo con frecuencia:

—¡Ya lo había dicho yo... que esto iba á concluir mal! ¡Los Montarón no son buenos para enemigos!...

VII

Noticias

Llegó el día: el cielo estaba encapotado, después de algunas horas de una lluvia torrencial.

Los campos de la Boca del Lobo desaparecían bajo una sábana de agua muy turbia que el sol no absorbía.

Guillermo y Juan Montarón se habían puesto en campaña para averiguar lo que había sido del capitán.

Ningún indicio les había iluminado.

Sin embargo, el caballo no estaba allí ya, y todo indicaba, al ojo penetrante de los dos hermanos, que la cabalgadura había llevado á su amo, pero pensaban que alguien había debido ayudarle.

Dieron las doce.

Era la hora del almuerzo.

Magdalena, la sembradora de la víspera, puso en movimiento una campanilla cascada para llamar á las gentes de la casa.

No estaban lejos.

El defecto capital de los terrenos pantanosos, como los de la Boca del Lobo, es que, después de una lluvia de veinticuatro horas, es preciso esperar ocho días para poder trabajar en ellos.

Magdalena se veía, pues, obligada á ocupar-